

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO



Serie Cultura, Comunicación, Arte y de-colonialidad en el Sur global

HORIZONTES CONVERGENTES II

APORTES TRANSDISCIPLINARIOS AL ESTUDIO DEL ECOSISTEMA DE LA MARGINACIÓN CULTURAL

Carlos del Valle
Konstantin Mierau
Sandra Riquelme
Beatriz Pérez
Gonzalo Albornoz
[Eds.]

HORIZONTES CONVERGENTES II





Comité Científico Editorial Internacional

Dra. Giovanna Gianturco. Universidad La Sapienza, Italia.

Dr. Michel Misse. Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil.

Dr. Raúl Zaffaroni. Ex Juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Profesor Emérito de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.vvzv

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos a una evaluación por pares.

Horizontes convergentes II : aportes transdisciplinarios al estudio del ecosistema de la marginación cultural / Rosa Campoalegre Septien ... [et al.] ; editado por Carlos del Valle ... [et al.] ; prólogo de Francisco Sierra Caballero. - 1a ed - Ciudad

Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-120-7

1. Racismo. 2. Discapacidad Intelectual. 3. Migración. I. Campoalegre Septien, Rosa. II. Valle, Carlos del, ed. III. Sierra Caballero, Francisco, prolog.

CDD 304.809

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Conectividad / Alfabetización Digital / Cultura / Políticas Públicas / Educación / Estado / Tecnología / Comunicación / Desigualdad / América Latina

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO

HORIZONTES CONVERGENTES II
APORTES TRANSDISCIPLINARIOS AL ESTUDIO
DEL ECOSISTEMA DE LA MARGINACIÓN
CULTURAL

Carlos del Valle
Konstantin Mierau
Sandra Riquelme
Beatriz Pérez
Gonzalo Albornoz
(Eds.)

Grupo de Trabajo Comunicación, política y ciudadanía





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Pablo Vommaro - Director de Investigación.

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editoria

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Natalia Gianatelli, Rodolfo Gómez, Sofía Torres, Teresa Arteaga, Tomás Bontempo y Ulises Rubinschik



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Horizontes convergentes II (Buenos Aires: CLACSO, marzo de 2022).

ISBN Obra completa 978-987-813-118-4

ISBN Horizontes convergentes II: 978-987-813-120-7



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Financiado por el Proyecto Anillo Converging Horizons: Production, Mediation, Reception and Effects of Representations of Marginality,

PIA-ANID/ANILLOS SOC180045.

ÍNDICE

Francisco Sierra Caballero Prólogo		11
Sandra Riquelme Sandoval y Beatriz Pérez Sánchez Introducción		25
Sección I. Conceptualizar		39
Rosa Campoalegre Septien Las pandemias racializadas y la reconfiguración del racismo: claves para un debate en América Latina y el Caribe		41
Carolina Rojas Flores y Rodrigo Browne Sartori Marcas para una colonialidad del poder. Otredades (siempre) diferentes, encubiertas e inferiorizadas		57
Sección II. Casos de estudio		75
Consuelo Dinamarca Noack, Lorena Godoy Peña y Silvia Sarzoza Herrera. Género y discapacidad intelectual: una mirada pendiente		77
Kutral Vargas Huaiquimilla ¿Dónde está José Huenante? La performance Amaneceres para ti de Kutral Vargas Huaiquimilla		91

Amparo Marroquín Parducci; Laura Flores; Lidia Rivera y Doris Rosales. Cuando el río suena, ¿quiénes trae? Algunas narrativas mediáticas latinoamericanas sobre la relación entre migrantes y coyotes	99
Toumader Chakour Migraciones y exclusión social. Imagen de las minorías étnicas en el discurso de las élites en Marruecos	119
Sandra Riquelme Sandoval y Nicolás Vera Álvarez Trayectorias migratorias y familias: desde las voces de adolescentes provenientes de Colombia, Venezuela y Haití, residentes en la Región de La Araucanía, Chile	133
Fernando Fuente-Alba y Carlos del Valle Tratamiento y representación mediática de los inmigrantes en el diario El Sur de Concepción, Chile	153
Violeta Chitgian Urzúa. Factores psicosociales en las trayectorias delictuales de las mujeres chilenas que han estado privadas de libertad: reflexiones sobre una población invisibilizada	173
Carlos del Valle, Konstantin Mierau, Jenifer Garrido Caniulaf y Daniela Morales Sepúlveda. Sujeción criminal e identificación cultural en condenados mapuches y no mapuches de la Unidad Penal de Nueva Imperial, Región de La Araucanía, Chile	191
Alex Iván Arévalo Salinas, Esther Simancas González y Louis Dantil. Periodismo e inmigración. Un análisis de las propuestas alternativas	209
Carlos Ciappina y Pablo Bilyk Estado, ciudadanías y derechos en pandemia: conversaciones sobre privados de libertad	221

Sección III. Actuar | 245

Alejandro Arros-Aravena, José Juan Carrión Martínez, María del Mar Fernández Martínez y Gabriel Farías Rojas

La lectura de imágenes periodísticas como estrategia de educación intercultural en estudiantes universitarios. El caso de la cultura mapuche en Chile, en el contexto de Valparaíso y Chillán

| 247

Jorge Araya-Anabalón y Solange Cárcamo Landero
Justicia intercultural y reconocimiento dialógico del pueblo Mapuche: una respuesta a la injusticia del Estado de Chile

| 263

Astrid Osorio Álvarez y Pablo Valdivia
La metáfora conceptual de seguridad en los procesos de regularización de migrantes: el caso colombiano

| 281

Azucena Racosta
En el nombre del pater: Radio La Cantora, la palabra liberada

| 291

Misael Baeza Villalobos, Felip Gascón i Martín, Débora Vega-Valdéz y; Giorgio Vecchiola Oliva
Recolectores urbanos de Valparaíso: el renacer patrimonial de la solidaridad cooperativa

| 309

Diana Jembuel y María Isabel Noreña
Una minga por la comunicación intercultural. Resistencia en tiempos de COVID

| 327

Konstantin Mierau, Gonzalo Albornoz y Solange Subiabre
Recomendaciones para la implementación del programa de lectura en cárceles: informe sobre prácticas de lectura tras las rejas en La Araucanía

| 343

Sección IV. Voces | 371

Ruth Garrido y Carlos del Valle
Ruth Garrido: “Resistir es permanecer dentro de nuestras convicciones, a pesar de las negativas que enfrentemos”

| 373

Djimy Delice y José Miguel Burgos

Djimy Delice: “El imaginario colectivo chileno determina el migrante y el extranjero. El migrante es aquel que viene del contexto Sur-Sur, el pobre”

| 387

Michelangelo Temporin

Voces desde el Wallmapu: la cosmovisión mapuche como fuente de inspiración

| 405

Sobre las y los autores

| 423

PRÓLOGO

Francisco Sierra Caballero

Dejó escrito el célebre sociólogo Zygmunt Bauman, que, en el orden neoliberal, se tiende, como antaño, a proscribir la pobreza. La aporofobia es consecuencia del modelo económico capitalista como la criminalización de la protesta o, en la misma lógica, la estigmatización del diferente y de la disidencia. Solo de este modo es posible la reproducción de un orden inmoral y, sociológicamente hablando, insostenible, desde el punto de vista de su reproducción ampliada. En congruencia con esta lógica, el orden del discurso de la posverdad, hoy reinante en los medios mainstream, es propio del negacionismo: negación de la prueba y evidencia empírica, del reino de la razón contra la barbarie, de la vida contra el fascismo de los buitres de Wall Street y los escuadrones de la muerte al servicio del orden global. Por ello, del mismo modo que el dicho la bolsa o la vida nos sitúa ante la contradicción de la afirmación de la existencia real y concreta contra la lógica especulativa del capital, confrontar hoy la historia real con las prácticas manipuladoras del modelo de propaganda es una tarea irrenunciable como compromiso intelectual. Si, como decía Debord,

y hoy replica Bifo, la cultura videogame, en esta era del disimulo y la mimesis estéril de la representación como dominio, es propia de una lógica imperial cuyo principal resultado es la imposición de una cultura sedada, impávida y amedrentada, que nos convierte en ilotas o esclavos de la maquinaria de guerra del capital, mirar más allá de lo que nos prescriben las agendas de una ciencia mercificada resulta un empeño útil y valioso, justo porque no se somete a la lógica de valor, al principio de universal equivalencia, y arriesga a entender qué late en las calles, qué acontece en los arrabales y ruinas de la devoradora dinámica de la destrucción creativa.

Sabemos que el pensamiento, como el deseo, es, por definición, una práctica arriesgada; pero solo asumiendo este riesgo, la humanidad podrá caminar por las alamedas de la libertad en tiempos de falsificaciones y construcción del sentido a lo Piñera. En otras palabras, la primera condición para un análisis a conciencia del universo social de referencia, en la actual crisis civilizatoria, requiere situar en su debido contexto todo acontecimiento informativo, identificando los antecedentes y raíces fundamentales en el origen del conflicto que viven y sufren los nadies, como gustaba decir a Galeano. De Suharto a Mobutu, de Pinochet a Fujimori, de Somoza a Duvalier, de Trump a Iván Duque, la guerra contra la pobreza ya sabemos en qué consiste y debemos ser conscientes que no cesa, pues la historia se repite como farsa. Así, la exportación USA del terrorismo de Estado vuelve hoy a reeditar viejas fórmulas de guerra psicológica adquiridas durante la II Guerra Mundial. Claro que, en esta ocasión, la justificación de la guerra por razones de seguridad y defensa de la democracia americana tiene lugar en un delicado momento de recesión económica y crisis de hegemonía imperial, solo comparable a los últimos años de la administración Carter. Destaco precisamente este período por las concomitancias que cabe reconocer entre ambos escenarios políticos, marcados entre otros factores por la crisis de liderazgo presidencial, la depresión económica, el auge de los movimientos antiimperialistas y el cuestionamiento del poder e intereses estratégicos de EE. UU. en el mundo y en definitiva del relato y lógica de reproducción del capital que está en el origen de la aporofobia. En este proceso, hoy

intensificado, no sabemos si la producción antagonista del enemigo o la criminalización de la pobreza evoluciona aritméticamente de forma proporcional o la evolución es geométrica, como pareciera en crisis como la pandemia. De cualquier forma, hemos de constatar el dominio y extensión de la colonialidad del discurso de la violencia simbólica y sus mecanismos de control, sea en forma de ley de prensa, como periodismo criminal mercantilista, o a través de la cultura Disney con su imaginario del milagro americano o, como criticara Bolívar Echeverría, mediante el americanismo como matriz cultural hegemónica.

Carlos Midence califica este proceso como retórica imperial/colonial desplegada para justificar; validar y encubrir los verdaderos propósitos imperiales/coloniales ampliamente documentados de Lenin y Rosa Luxemburgo a Noam Chomsky, de la teoría de la dependencia latinoamericana a la escuela decolonial, de Edward Said y Enrique Dussel a Aníbal Quijano. Una historia que otros hemos documentado como ideopolítica al describir la guerra psicológica que el presente volumen aborda sea a través de las metáforas securitarias contra la migración, sea en el estigma de la delincuencia y avatares de los pobres, o en el discurso jurídico contra el movimiento indígena mapuche.

El lector puede encontrar en las siguientes páginas un rico caleidoscopio que proyecta una mirada de situaciones, y también de alternativas, sea en la radio o la educación intercultural, más que valiosa y necesaria en la estela de las propuestas que siempre ha cultivado CLACSO. Y que se nos antoja de más que valiosa, pues, en tiempos de la guerra híbrida, la reconstrucción del epistemicidio del mundo al revés del softpower exige poner en cuarentena la colonialidad del saber que nos invade definiendo lo bueno y lo malo en forma de dispositivos incluso procedimentales, si pensamos en el lawfare. Nos referimos a los relatos tanto científicos como periodísticos del universalismo, la diferencia imperial, colonial y cultural, aplicada según las circunstancias o los propios sujetos a quienes se les endilga para legitimar la subalternización o dependencia por medio de la manipulación del uso de la razón; el paternalismo, la subalternización

que minusvalora culturalmente las formas de organización no europeas ni occidentales, la mistificación y naturalización de lo social, que acompaña a la razón instrumental, lo que occidente ha llamado institucionalismo o neo-institucionalismo, por la que regularmente se determina una especie de complejidad corporativa que le ha facilitado un grado excesivo de participación del poder imperial/colonial, o el binarismo que promueve una narrativa cultural que categoriza los grupos dominados conforme a la distinción entre lo civilizado y lo bárbaro, o entre lo moderno y atrasado. Esta práctica no es nueva, por más que en la era de la datósfera se haya perfeccionado con la minería de información. Ya Mattelart ilustró en *La comunicación-mundo* la conexión de la antropometría y el sistema de control de la información, anticipada por la psicología de las multitudes y la sociología de masas, que tendría su fase de mayor proyección con Reagan y antes con Kennedy y la Alianza para el Progreso en lo que podemos denominar como cartografía del dominio, conforme a lo que Enrique Dussel denomina EGO CONQUIRO, una lógica que conecta los cuáqueros y la mitología religiosa con los telepredicadores que financiaron la contra nicaragüense y hoy el Tea Party y la extrema derecha de Estados Unidos a Brasil.

Pero vayamos al núcleo de reflexión sobre el problema de la mediación social. Decía, no sin razón Marx, que la primera libertad de prensa consiste en no ser una industria y, por lo mismo, toda práctica periodística que cumpla, en esencia, su función social pasa por asumir su rol como un problema cultural, como la mediación para la educación de la ciudadanía, empezando por la decodificación mediática, más aún hoy que vivimos en la era de la burbuja y la doctrina del shock, invadidos por las bases mediáticas del frente ideológico que el oligopolio y monopolio mediático despliega en el capitalismo de plataformas del centro a la periferia del sistema mundial de información justificando la persecución de los grupos marginados. En este marco, las multitudes hipnotizadas deben ser domesticadas a falta de cultura sin sueño. Por ello se tornan urgentes reflexiones como las que compilan los autores en este libro y que apunta, a nuestro juicio una hipótesis a validar: nuestro tiempo requiere de más periodistas

tribunos populares e intelectuales orgánicos con pulsión plebeya, humor y las armas de la crítica socialmente necesarias para cumplir con la tarea de educación social, en un sentido gramsciano. Cuando pareciera que, desde 1980 y la restauración conservadora, la función intelectual es inútil y el periodismo militante a lo Rodolfo Walsh no sirve para anclar la experiencia del sujeto de la posmodernidad, más se constata, a nuestro juicio, exactamente lo contrario: la relevancia de una intermediación productiva, a partir del quiebre y diagnóstico de lo real confabulando dispositivos emancipadores para liberarnos de la asfixia y el colapso tecnológico. Frente al tecnocratismo y la opinión servil de los opinadores de la nada, los análisis de casos descritos en el libro demuestran que una intervención partisana es posible y necesaria, que una cultura periodística perturbadora, que piensa y apunta, que describe y moviliza, que educa y enriquece, que nos hace sonreír y soñar, se antoja urgente. Pues en tiempos-encrucijada como este es hora, en definitiva, de afirmar el necesario compromiso histórico que debe trascender la idea conservadora de Raymond Aron del intelectual como “espectador comprometido”, máxime cuando la Sociedad del Espectáculo en la que vivimos depende, para su lógica de explotación y subsunción total por el capital, del conocimiento y la capacidad de producción intensiva de la ciencia y la tecnología, involucrando a científicos, tecnólogos y trabajadores de la cultura en el proceso de apropiación privada de la inteligencia colectiva a partir, justamente, de la función publicitaria de la prensa.

Frente a la actual lógica de devastación y anulación de la potencia creativa de la ciudadanía, de la cultura pública, una praxis comprometida con los retos de nuestro tiempo, ecológicamente hablando, es una existencia responsable, una vida que sabe decir NO, que es contestataria, que aprende a vivir en la negación de la totalidad, en la permanente defensa de la vida cuando la vida –en palabras de Foucault– se ha vuelto hoy objeto del poder, y más que nunca se torna necesario el empeño utópico colectivo de trascender solidariamente la criminal realidad en otros mundos posibles y habitables a partir del propio esfuerzo, puesto que, como enseñara Castoriadis, no es posible proyecto alguno de transformación social sin vincularlo al ejercicio de

autodisciplina que entraña la autorreflexividad y el afán de superación. Como del mismo modo, no es posible construir democracia sin trabajar democráticamente, ni enseñar la comunicación sin comunicar las diferentes formas de pensamiento y enseñanza de la mediación.

Permita el lector concluir mi razonamiento en esta suerte de prólogo o pórtico a una obra que arriesga pasión y sentipensamiento, anillos y puentes de conectividad social, empezando por algo obvio. Hoy no es posible pensar la cohesión y reproducción social sin tomar en consideración la función mediadora del Periodismo. Vivimos en la era de la información, y los medios y profesionales de la actividad periodística tienen una función publicitaria crucial en nuestras sociedades que determina y configura el espacio público. La primera condición indispensable para que se produzca cualquier cambio social en el conjunto de la sociedad, y por lo tanto se adopten determinados comportamientos, pasa por la conformación de percepciones y estructuras cognitivas, esto es, los adoptantes de ese cambio social que se reclama deben ser conscientes de lo que se les propone, para, en una segunda fase, pasar a adoptar, en sus acciones, comportamientos o conductas adecuados, nuevos valores y actitudes solidarios. Y en este punto la labor periodística resulta esencial en tanto que son los transmisores de los objetivos que se pretenden lograr desde la organización y reproducción social, por ejemplo, si pensamos la Agenda 2030. Pero la conciencia de esta función matriz no acompaña a la praxis hoy hegemónica en la mayoría de los medios, de ahí la crisis sistémica de la prensa. Desde finales del siglo XX, la actividad informativa vive una etapa de transición en medio de un debate público que apunta la necesidad de una renovación de planteamientos en virtud de las necesidades reales de las audiencias y el contexto complejo de diversificación social que viven sociedades como la estadounidense donde en los años noventa se comienza a plantear serias dudas sobre la calidad de la cobertura y actividad informativa de los medios. Las críticas originarias que marcaron el origen del denominado Periodismo Cívico irrumpieron precisamente en el ámbito profesional de Estados Unidos, como resultado de una pésima cobertura de la campaña electoral en la elección del presidente George Bush padre y hoy, podemos

afirmar, vive su fase terminal tras la etapa de la administración Trump y el discurso del odio que prolifera en redes y medios convencionales como resultado del rearme de la extrema derecha. Con ocasión de la constatación de la crisis estructural entre servicio público y lógica mercantil de la mediación que tuvo lugar en dichas elecciones, el elevado abstencionismo y la crisis de credibilidad de las empresas periodísticas por el tipo de cobertura proyectada dieron paso a un diagnóstico incisivo sobre las condiciones de producción informativa y, en última instancia, se tradujo en una crítica sobre la naturaleza y sentido de la actividad periodística encaminada a repensar radicalmente la responsabilidad pública de los medios y mediadores en favor de un periodismo de calidad, y más allá aún:

- Una nueva ética y deontología informativa inspirada en una nueva cultura ciudadana, en un nuevo compromiso y responsabilidad social de los informadores en su función de servicio público.
- Una política de tematización abierta y participativa, vinculando a la población, a las organizaciones no gubernamentales y poderes públicos e instituciones privadas en la construcción del espacio público local.
- Una cultura informativa compleja frente a la búsqueda de lo noticioso, priorizando la difusión de lo relevante socialmente.
- Un modo de producción informacional reflexiva, consciente de las limitaciones estructurales, evaluadora y crítica con las fuentes, metódicamente constante y rigurosamente científica en la investigación documental.

De acuerdo con esta nueva filosofía, la producción informativa debiera asumir hoy una función formadora de ciudadanía como un compromiso por contribuir a la convivencia social. En palabras de Rosa María Alfaro, esta nueva forma de mediación toma en cuenta la importancia de lo común, de lo que es construcción de acuerdos, de la creación de redes, espacios y comportamientos de solidaridad, en la conformación de esferas públicas. A esta nueva concepción, se ha denominado en Estados Unidos, Periodismo Cívico, pero en América Latina, data de más de cinco décadas y fue bautizado con el nombre

de Periodismo Popular o Periodismo Comunitario. Más allá de las definiciones al uso, lo interesante es que estas experiencias originales presuponen un proceso de *aggiornamento* y reformulación de la función pública informativa en una sociedad afectada por la anomia, la insolidaridad y el individualismo posesivo. Esta nueva forma de organización periodística representa, en otras palabras, un giro de ciento ochenta grados al plantear la necesidad de:

1. Una agenda temática del espacio público ajustada a los problemas sociales a nivel estructural.
2. La participación de la ciudadanía en el debate público mediado por las industrias de la información.

Una precisamente de las notas distintivas del periodismo comunitario que surgió en regiones como América Latina durante la década de los años setenta es la idea de la actividad periodística como un compromiso con la transformación social, como una mediación articulada socialmente que transforma al periodista en comunicador social, en dinamizador cultural y promotor de la participación pública frente a los problemas de pobreza, subdesarrollo y marginación que atenazan a la sociedad, a diferencia de la mirada impasible del periodista objetivo, distante y aislado de los problemas estructurales del mundo en el que vive. En esta nueva concepción de los informadores, más que un publicista, o periodista locutor, el profesional es considerado un agente social, aquel que primeramente es capaz de promover y potenciar la articulación comunitaria, sea por vía de las instituciones (desde prefecturas, órganos municipales y organizaciones no gubernamentales), o por medio de evocación de una comunidad determinada.

Las hipótesis de partida de esta lógica periodística parte de tres principios básicos:

1. La aspiración a una vida pública próspera y saludable está en el origen de la función periodística.
2. La separación de los medios y la política de la vida pública es un problema para la comunicación.
3. La vida pública como está organizada limita la participación ciudadana. El periodismo debe contribuir a consolidar la democracia deliberativa próxima a los ciudadanos y problemas colectivos de la comunidad.

La lógica de servicio público plantea a este respecto un reto estratégico para la mediación: la estructuración comunitaria y la contribución de los informadores a la integración y al desarrollo social equilibrado. Desde este punto de vista, la comunicación pública debe atender al menos las siguientes prioridades:

1. Las necesidades sociales (educación, expresión, vivienda, salud, medios de reproducción en general).
2. El cambio de horizontes y perspectiva social.
3. El pluralismo ideológico, cultural, político-social y geográfico.
4. El desarrollo de las identidades singulares.
5. El diálogo público y la ética ciudadana.
6. La articulación de redes sociales solidarias para una cultura cívica responsable.

En la experiencia de Estados Unidos, Rosen define, en la misma línea, el Periodismo Cívico no como una ruptura sino como una renovación de discursos, actividades y lógicas de articulación social. Se trata de complicar el diálogo social ampliando los espacios de reflexividad más allá de la división del trabajo informativo entre emisores y receptores. En esta tarea, los profesionales de la información y sus organizaciones deben redefinir sus luchas por la visibilidad “construyendo otras imágenes y formas de rearticulación del espacio público”, apostando por redes locales, radicalmente descentralizadas por barrios, y comprometidas en procesos globales de democratización y desarrollo social. A partir de los colectivos locales, organizados autónomamente, pero coordinados en red, se trata de maximizar la creatividad cultural y la producción de conocimiento según la regla C3A: COMUNICACIÓN; COLABORACIÓN, COORDINACIÓN Y ACCIÓN SOCIAL SOLIDARIA. De acuerdo con estos principios, el cometido de todo mediador (sea periodista, educador o intelectual) debe ser mediar y articular socialmente la información política y las necesidades populares en la agenda a partir de nuevas fuentes de información, de una clara y decidida vocación de servicio público y de la necesaria apertura de los medios al diálogo entre diferentes actores y colectivos sociales.

La principal dificultad de este tipo de mediación es articular espacios de cooperación entre el territorio local, o regional, la comunidad y los grupos y actores individuales y colectivos que tejen la identidad de la esfera pública en la que tiene lugar la mediación informativa, involucrando diversos agentes, tradicionalmente excluidos del proceso de integración social y del desarrollo comunitario, como la Universidad.

La racionalidad de la infoxicación en la que estamos inmersos contrasta con el proceso de transición en el que cada día es más evidente la necesidad de recuperar la comunicación de forma mancomunada, construir un nuevo imaginario y una narrativa del cambio social participado y plural. Este proceso no tiene traslación, desde luego, con el descrédito que hoy vive la profesión. La crisis de confianza que vive el periodismo cobra mayor relieve cuando hacemos memoria histórica y recuperamos del baúl de los recuerdos páginas brillantes y heroicas sobre cómo transgredir la censura e informar con criterio, confianza y voluntad de servicio público. Lo contrario a una agenda que rompe, fija y, como reza la Real Academia, da esplendor es lo que vivimos en nuestros días con la inercia autista de un periodismo o una práctica investigadora en comunicación que hace válida la profecía que se reproduce en medio del control oligopólico del sector y el sometimiento al capital financiero. Pese al pesimismo hoy reinante, algunos estamos convencidos que aún es posible corregir tales inercias. Todavía podemos abrir un espacio común para formar, informar y fortalecer la autodeterminación de la ciudadanía, como en parte han hecho iniciativas del tipo periodismo humano.¹ Pero para ello es preciso que se dé cuando menos una condición: la voluntad política de los profesionales, pues son ellos quienes tienen la primera palabra, y desde luego –recordemos– no la última. La cuestión es si el campo profesional está dispuesto a tomar el testigo o si ya aceptaron definitivamente la derrota del oficio. Sea cual fuere el resultado a dirimir a este respecto, es evidente, para el caso, que el futuro de la información pasa por articular los puentes de diálogo con la ciudadanía, con medios y mediadores conectados, imbr-

1 Ver <http://periodismohumano.com/>

cados socialmente, con las puertas abiertas a ‘todos’ y a ‘todas’. No otra cosa es la democracia y la razón de ser del periodismo. Recordemos, parafraseando al bueno de Kapuscinski: no hay mejor pasión que la compartida y la compasiva. Sabemos que tal empeño no está exento de riesgos y dificultades. Son muchos los obstáculos a superar en un capitalismo que, como advierte David Harvey, ha venido tejiendo una red de restricciones en las que los rentistas, los magnates de los medios de comunicación y, sobre todo, los grandes financieros exprimen despiadadamente el flujo vital productivo, la riqueza social general, en función de sus propios intereses, recurriendo a fórmulas virtuales y físicas de extensión del terror. En este escenario, al tiempo que se precariza la autonomía del sector de la comunicación y la cultura, los Estados-nación ven cercados sus dispositivos de regulación por una cobertura espectacular de la crisis que naturaliza el Estado Nacional de Excepción Permanente. De acuerdo con esta lógica devastadora de la destrucción creativa, el papel de los medios como intermediarios adquiere una función nuclear que ha de ser pensada desde una perspectiva histórica crítica. De la era Reagan a las proclamas parafascistas de la Fox, pasando por la doctrina del shock de los Chicago Boys en Chile, es posible rastrear una historia oculta, un hilo rojo y lógica de dominio, eludida y apenas representada por la academia y la opinión pública, con la que comprender el papel estratégico de la mediación espectacular, un proceso que tiene su génesis en la progresiva mercantilización de la industria periodística y la paulatina dependencia del capital financiero internacional, con las que hoy se anula toda posibilidad de pluralismo ideológico y diversidad editorial en el tratamiento de las alternativas de salida del círculo vicioso implementado por los amos del mundo y de la información. En esta operación, el discurso informativo es un discurso terrorista. De manera que la construcción noticiosa del pánico moral de las multitudes valida la hipótesis de Klein sobre la doctrina del shock como pérdida de sensibilidad y conciencia de la situación real vivida.

Ahora, en un escenario de crisis de representación y privatización de lo público, de crisis del capitalismo y de los mediadores, de la profesión periodística sobremanera, cabe, como siempre, a contrapelo de la historia, pensar, en lo concreto, qué tipo de comu-

nicación, qué periodismo y formas de organización son necesarias para la regeneración democrática. Y cuando nos proponemos tal tarea llama la atención la escasa literatura disponible que trascienda la crítica negativa para una construcción de universos posibles que imaginar a este respecto. De lo macro a lo micro, la crítica y la protesta sobre el quehacer de los medios no se ve complementada, en fin, por la dignidad de la propuesta instituyente, ante la indignidad del antiperiodismo que nos interpela y concierne para, como defiende Pascual Serrano, construir medios democráticos. En otras palabras, el espectro de cuestiones a abordar por la teoría normativa es hoy por hoy mucho más amplio que lo que suponemos a priori, y más urgente en la coyuntura de actualidad, si pensamos el contexto de turbulencias que estamos viviendo.

En un tiempo de imposición del panóptico digital, la libertad y la autonomía social de lo procomún, de Hannah Arendt a Elinor Ostrom, de la ética a la ecología de vida, nos obliga moralmente a pensar estos ejes problemáticos que hoy por hoy, pese al histórico abandono, resultan a todas luces retos sustanciales a efecto de los derechos de la ciudadanía. Cabe agradecer al profesor Carlos del Valle esta voluntad y compromiso, insólito, inhabitual en la academia, y sostenido además en el tiempo, desde las justas vindicaciones mapuches, a la demanda de medios democráticos en Chile o Latinoamérica a través de espacios como ULEPICC.

Escribo estas líneas justo cuando inician las deliberaciones para la nueva Constitución en Chile, un hito histórico, visibilizado por la presidencia de una mujer, mapuche, de la UFRO, como no podía ser de otro modo, con el que se logrará cerrar el capítulo nefasto de la dictadura de Pinochet. Toca ahora imaginar y disputar el sentido y concreción de otro marco de convivencia y OTRA INFORMACIÓN POSIBLE, basada en una ética de la comunicación pertinente y necesaria, productora de una comunicación de múltiples mundos en el que quepan otros muchos mundos. El libro que tiene el lector en sus manos asume ese empeño y arriesga una cuestión delicada: revolucionar nuestro modo de pensar y producir la mediación social. Educar para transformar, transformar para educar en otro marco normativo

de referencia. Aquí y ahora. Esta es la exigencia mayor de nuestro tiempo y la razón de ser del Principio Esperanza que ha de habitar el campo de la Comunicología como Ciencia de lo Común, si no queremos sufrir la violencia simbólica que se analiza en el Proyecto Anillos.

De la profundidad y radical reorientación de esta lógica de la mediación que sostiene dicho proyecto dependerá ni más ni menos que el futuro de la humanidad, el proyecto en fin del compromiso solidario *urbi et orbi*. Un proyecto histórico que día a día reclama de los medios un enfoque de la agenda informativa *plural y dinámico, cómplice y dialógico, comprometido y transformador*. Una cultura mediática, en suma, a la altura de la era Internet, apropiada para la cultura de la red, coherente con la lógica del don: de un espacio público compartido que hoy más que nunca se nos manifiesta *diverso, incluyente, complejo y común*. Un espacio sin fronteras, ni papeles, como la vida misma, conscientes que somos lo que comemos y lo que contamos y nos cuentan, aunque no nos echen cuenta a los nadies.

Si horadamos lo que nos da vida, y la comida basura nos cerca y anula la soberanía alimentaria, estamos en las antípodas del Buen Vivir, y para Vivir Bien es preciso cambiar las matrices de conocimiento, convivencia y producción, como aprendimos en Quito de la noción andina de Sumak Kawsay, una filosofía milenaria que da cuenta de la necesidad de nuevas formas de organización y dinámicas emancipadoras desde el Sur y desde abajo, frente a la ciencia occidental y la visión modernizadora que agota nuestros recursos lo que hace evidente la pertinencia de nuevas miradas y horizontes cognitivos ante la lógica impositiva del universalismo abstracto. Hablamos, como es natural, de repensar y definir las ecologías de vida desde una cosmovisión apropiada a los tiempos que vivimos, esto es, acorde con el principio del clinamen que distingue el modo de producción y vida de las culturas populares en América Latina y en nuestra Andalucía.

La necesidad histórica de repensar los saberes ancestrales y las ecologías culturales como punto de partida para una mediación social deudora de una historia y una práctica anclada en lo local, impregnada por el humus de una ética y política de la religancia, que es preciso asumir como fundamento para una concepción alterna-

tiva para generaciones futuras, no es nueva, pero nunca como hoy tan urgentemente demandable y evidente. Pues de ello depende la convivencia en común, la vida misma de la Pachamama. Todo un reto que evoca los principios del Buen Vivir: Equidad, Diversidad, Reciprocidad, Complementariedad e integralidad... Sentir, Pensar, Decidir, Actuar y Convivir. O, de acuerdo con la dimensión carnavalesca de las culturas populares: Saber Escuchar, Saber Soñar, Saber Compartir, Saber Vivir en Armonía, exigencias del dominio de lo común, de COMMUNIA, y en cierto modo del Ethos Barroco que nos distingue. Hablamos, claro está, de una cierta estética de la resistencia que es un paradigma por defender cuando reivindicamos la potencia creativa de los que son y los que vendrán. Una defensa de la vida que resulta irrenunciable y que hay que decir y hacer ya, antes que el reloj biológico de generaciones futuras se pare irremisiblemente.